

PANORAMAS INGLESES

Méjico, la revolución y el petróleo

No intento disculpar la negativa de Macdonald a reconocer al Gobierno de Méjico. Macdonald, como todo gobernante sin mayoría parlamentaria, gobierna con un sentido transaccional, y dejándose guiar por las influencias más poderosas. El reconocimiento del Gobierno ruso no ha sido tanto un acto de su voluntad y sus simpatías cuanto una consecuencia de la presión que ha ejercido sobre él la masa proletaria. Su negativa a reconocer el Gobierno del general Obregón es, en cambio, una consecuencia de la presión capitalista. Los motivos verdaderos de las dos actitudes, son, de un lado, el afecto del proletariado a la revolución rusa y del otro, los intereses petroleros. Ambas actitudes son, además, un buen esquema de la fisonomía del Gobierno laborista.

Desde luego, así en el asunto de Rusia como en el de Méjico, el capitalismo inglés no podía aceptar un reconocimiento sin condiciones. Sólo que mientras para reconocer a Rusia el Gobierno hacía valer, contra las exigencias capitalistas, la fuerza del conglomerado obrero, al tratarse de Méjico, el proletariado se ha mantenido indiferente. Macdonald ha estado a merced de la competencia entre petroleros ingleses y norteamericanos. Y éste es el punto central de la cuestión. Los que seguimos puntualmente los movimientos de los trabajadores de Inglaterra sabemos con cuánta energía y con cuánta constancia actúan sobre su Gobierno. Sin embargo, después de la marcha del señor Nieto, negociador del reconocimiento, ni un solo artículo de la Prensa laborista, ni un solo diputado laborista le ha pedido cuentas a Macdonald, como lo han hecho cada vez que ha estado en peligro el reconocimiento de Rusia o de Grecia. Y no es creíble que el proletariado inglés tenga intenciones e intereses comunes con esos piratas subterráneos, que son los petroleros. La revolución mejicana, las conquistas y los anhelos del Gobierno del general Obregón tienen que serle tan gratos al proletariado inglés como las conquistas y los anhelos de todos los demás Gobiernos revolucionarios. Pero el proletariado inglés no los conoce. Esta ha sido la causa verdadera y única de su indiferencia.

Su aislamiento está ahogando a la revolución mejicana. Lo advertimos claramente los que la miramos de lejos

con entusiasta simpatía. Mas no el aislamiento que le impone el desconocimiento oficial extranjero, sino el aislamiento a que la condena su quietud dentro de las fronteras mejicanas. En el recinto mejicano encuentran actualmente afectuoso refugio todos los perseguidos americanos, todos los hombres—los más generosos, sin duda—que los curacazgos salvajes de algunas Repúblicas arrojan de sus tierras. Pero la revolución mejicana necesita, para adquirir vitalidad, proyectarse sobre el Continente, y más allá. Méjico debe ser algo más que un asilo fraternal. Debe ser el núcleo organizador y propulsor de un vasto movimiento revolucionario que enlace en el mundo español, sobre el paréntesis vergonzoso del siglo XIX, el ideal democrático de Bolívar con las aspiraciones sociales de

los nuevos tiempos. En el Gobierno mejicano hay hombres—el admirable Vasconcelos, por ejemplo— que no pueden desconocer los peligros de hacer de su revolución una revolución local. En todo caso, el resultado de la misión del Sr. Nieto en Londres es un buen aviso.

Yo veo diariamente, perdida en este mar tumultuoso de Londres, como los despojos de un naufragio, una tienda, rezago de la superstición materialista de los antiguos Gobiernos de Méjico, donde se exhiben, entre paños de polvo, los productos del suelo mejicano. Los habituales transeuntes de la calle pasamos ya sin mirar a los escaparates. Es posible que esta exposición haya llevado a Méjico a un inglés desesperado o a una libra aventurera. Pero semanas atrás, cuando se publicaban en la Prensa los telegramas tendenciosos de Nueva York, mucha gente creía que el grupo de reaccionarios que ha ensangrentado otra vez la tierra de Méjico era el representante verdadero de la revolución mejicana.

CÉSAR FALCON

Londres

(El Sol, Madrid)

La moral de las elecciones

UN político republicano y antiparlamentario ha hecho un cálculo de lo que van a costar en Francia las elecciones. Con la vaga aproximación a que puede llegarse en esta clase de cuentas, ha llegado a la cifra redonda de cien millones de francos. Supone que van a costar 25 millones cada uno de los tres grandes grupos en que pueden dividirse los republicanos—moderados, de la Unión y radicales—, 15 millones a los socialistas y 10 a los comunistas. Se comprende que a los socialistas y comunistas les cueste menos la elección porque el carácter de sus organizaciones hace que los gastos sean menores y porque no presentan listas de candidatos en los 96 distritos.

Los 25 millones, divididos por las 96 listas, darían por distrito un gasto de 260.000 a 270.000 francos. A esta cifra media ha llegado el político calculador partiendo de la realidad, que, claro está, es distinta. Por muy unitaria que Francia sea, los precios electorales varían según las regiones, como los precios de las subsistencias. La región más cara es, evidentemente, la de París. Se dice que la Unión

Republicana ha presupuesto un millón por sector. En la región de Burdeos parece que basta con medio millón. En la del Norte, lo mismo. Los distritos más baratos serán los del Sudoeste y Sudeste, hacia Bayona y Marsella: bastará con gastar, por lista y distrito, unos cien mil francos.

La carestía de las elecciones demuestra, en primer lugar, la carestía de la vida, la carestía de boletines, circulares, carteles, periódicos, franqueo, locales, secretarios, agentes, automóviles... Hasta ahora no se ha empleado en esta elección ningún procedimiento nuevo, ni el cinematógrafo, ni la T. S. H. No ha habido la movilización que hay en América, no ya por un *match* electoral de Presidentes de la República, sino por el *match* más vulgar de boxeo. Es una guerra a la antigua, y tampoco hay mucho entusiasmo; pero hay un hecho que demuestra la extensión de la cultura francesa; la propaganda escrita es cada vez mayor que la oral. En fin: las cifras dadas no se refieren más que a los gastos de los candidatos. Los gastos del Estado, si oficialmente no suben a tanto, también